Creo que nosotros y los que vengan después de nosotros, seguiremos luchando para hacer de este mundo nuestro hogar, incluso si los hogares que hemos hecho, la calle moderna, el espíritu moderno, continúan desvaneciéndose en el aire.

Marshall Berman

En las líneas que siguen se esbozan algunas reflexiones sobre la urgencia de asumir la cultura como un servicio social de los municipios, apoyado en criterios gerenciales y de gestión, que a su vez se inserte dentro de una dinámica encaminada hacia el mejoramiento de la calidad de vida de la población

■ **Moraima Guanipa**

Más allá de la dádiva y la cosmética

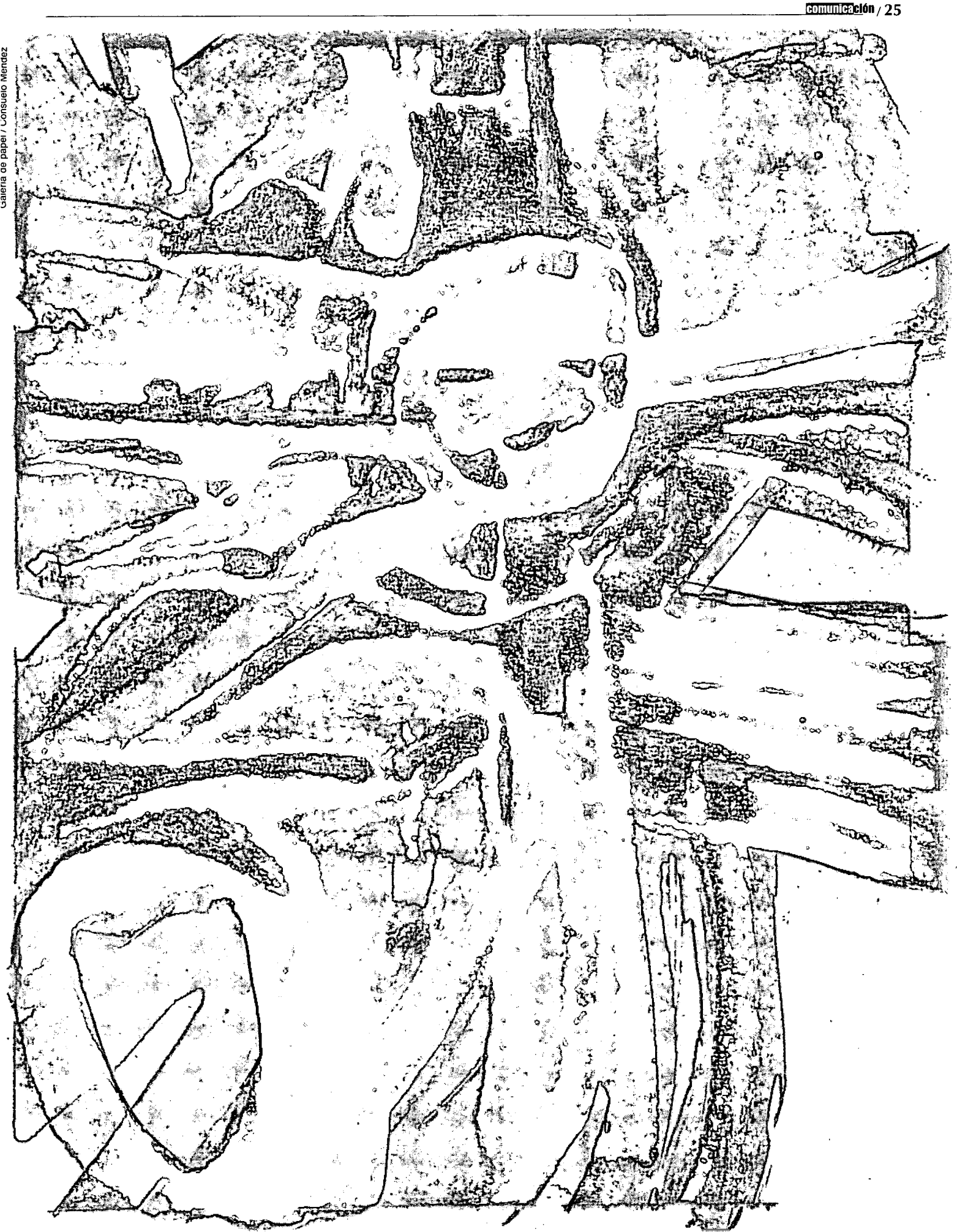
La cultura como servicio municipal

Una visión comúnmente aceptada tiende a asociar la gestión municipal con servicios como el aseo urbano, los impuestos locales o el ornato público, antes que con la actividad cultural. Y cuando finalmente posamos la mirada sobre esta área de la vida municipal, es fácil ceder a la tentación de encerrarlas en el redil de un voluntariado empeñado en la organización de concursos conmemorativos y fiestas patronales, cuando no de verbenas ruidosas, con su estela de trifulcas, basura y consumo exagerado de bebidas alcohólicas.

¿Es este el destino de la gestión cultural municipal? ¿Podemos conformarnos con el panorama de instituciones municipales dedicadas al área, esclerotizadas por la burocratización y las rutinas de programaciones anunciadas entre bostezos? En las líneas que siguen intentaremos esbozar algunas reflexiones sobre la urgencia de asumir la cultura como un servicio social de los municipios, apoyado en criterios gerenciales y de gestión, que a su vez se inserte dentro de una dinámica encaminada hacia el mejoramiento de la calidad de vida de la población.

Pero esta responsabilidad asumida por parte del municipio, plantea el reto de mejorar la calidad de los servicios culturales, promover su diversificación y aumentar el grado de independencia institucional para llevar adelante la ad-

Galería de papel / Consuelo Mendez



ministración y la prestación de dicho servicio. A continuación abordaremos tres aspectos que consideramos claves para la comprensión del papel de la cultura en la gestión municipal, como son su carácter de servicio público, el marco institucional que le da sentido, y la importancia del ciudadano como fin último de toda acción cultural.

1.- LA CULTURA: UN SERVICIO SOCIAL DEL MUNICIPIO

Antes de entrar a considerar el carácter de la acción cultural municipal, es conveniente precisar el término de "servicio social", con el que lo identificamos. A este respecto, se definen como servicios sociales "los servicios gubernamentales en las áreas de educación, salud, cultura, deportes, bienestar social, desarrollo de la comunidad y recreación" (Navarro y Mommer, 1993: 151), es decir, aquellos vinculados directamente con la satisfacción de derechos sociales de la ciudadanía. La legislación venezolana, tanto la Constitución Nacional vigente desde el año pasado, en su artículo 178, como la Ley Orgánica de Régimen Municipal (LORM), en su artículo 36, otorgan competencia al Municipio en estas áreas.

En la Ley Orgánica de Régimen Municipal, vigente desde junio de 1989, se establece la competencia municipal en determinados servicios públicos que, para resumir, tienen que ver con el ámbito cultural: espectáculos públicos; organización y promoción de ferias, así como el resto de las actividades dirigidas al desarrollo turístico local y las "actividades e instalaciones culturales y deportivas y de ocupación del tiempo libre" (LORM, Art. 36).

Así pues, la cultura, es un servicio social que el Municipio está en la obligación de prestar ¿Es así en la práctica?

Analistas del proceso descentralizador en el nivel municipal, iniciado a partir de los años 80 -con la aparición de la figura del alcalde- han insistido sin mucho éxito en la necesidad de mayor atención por parte de los municipios, en áreas como la salud, educación y la promoción cultural y deportiva. Esto, en función de contrarrestar la excesiva centralización -a nivel nacional- de los servicios sociales en nuestro país, cuya competencia en el plano municipal se ha visto disminuida, al punto de que ámbitos como el educativo y el de salud prácticamente han sido desplazados de la esfera local a la regional (gobernaciones) y a la nacional. En lo cultural, el panorama tampoco resulta alentador, por lo que es necesario acentuar el papel de las alcaldías y concejos municipales en esta área, porque en la atención de los servicios sociales, reside en gran parte la autonomía y la fuerza del municipio, como instancia de gobierno más próxima al ciudadano, como el espacio por excelencia para garantizar la calidad de vida de los ciudadanos.

> "En lo cultural, el panorama tampoco resulta alentador, por lo que es necesario acentuar el papel de las alcaldías y concejos municipales en esta área, porque en la atención de los servicios sociales, reside en gran parte la autonomía y la fuerza del municipio, como instancia de gobierno más próxima al ciudadano, como el espacio por excelencia para garantizar la calidad de vida de los ciudadanos."

Para que el municipio esté en condiciones de diseñar y ejecutar políticas en materia de servicios sociales, hace falta algo más que voluntad o decretos. Deberá establecer claras definiciones de responsabilidades y competencias, así como capacidades administrativas. En otras palabras, deberá estar en condiciones de garantizar la calidad, cobertura, regularidad y eficiencia de los servicios sociales que impulsa. Llevar adelante estas tareas, también requiere apelar a un sentido estratégico de la gestión de los servicios sociales, lo cual supone, asimismo, enfrentar las amenazas que marcan el desempeño de las municipalidades, según Juan Carlos Navarro e Iraida Mommer:

- Fuerte inserción de la política partidista en el proceso de prestación de servicios.
- Escasez crónica de recursos humanos calificados y bajo nivel de profesionalización de las organizaciones municipales.
- Inadecuada estructuración de las organizaciones existentes para la ejecución de los programas.
- Muy baja capacidad de seguimiento y supervisión de los programas por parte de los gobiernos locales y nacional (Navarro y Mommer, 1993: 162).

Por otro lado, está la creciente merma registrada en la gestión municipal, en cuanto a la inversión en servicios sociales. Aunque no se disponen de cifras actualizadas, a partir de datos aportados hace ya una década, según los cuales 157 de los 203 municipios existentes en el país en 1987, invirtieron menos de 20 por ciento en servicios sociales (Ibid: 152), se puede inferir un declive mayor de estas asignaciones, habida cuenta de los severos procesos de estancamiento económico de la última década y la ya crónica crisis presupuestaria de los gobiernos locales.

En contextos sociales y políticos como los actuales, servicios sociales como la cultura son relegados en la lista de prioridades municipales, frente al aluvión de necesidades más contingentes como seguridad, vivienda, vialidad, transporte. Pero, por otra parte, los servicios culturales terminan reducidos a una acción cosmética de rescate de espacios para el disfrute recreacional y de programaciones feriales, y en algunos casos, se limitan a prácticas clientelares basadas en la entrega de subsidios y becas a grupos y artistas locales.

A este panorama, se suma un agravante explosivo: la exclusión social. ¿Cómo evitar el desigual acceso a los servicios culturales, mediante los cuales el universo de lo culto y de los productos de la institucionalidad dedicada a las bellas artes, son consumidos preferiblemente por los sectores con mayor poder adquisitivo, mientras lo mediático-masificado queda para los sectores más empobrecidos?

Los problemas de violencia e inseguridad ciudadana; la severa exclusión social que deja por fuera al grueso de la población; la degradación ambiental; las bajas sensibles en la calidad de los servicios de salud, transporte, educación, no están aislados del contexto cultural, conforman el horizonte de una percepción de la vida

cotidiana y ciudadana que va configurando el quehacer de la ciudad. Es en ese espacio donde lo cultural puede convertirse en un canal de promoción de nuevos valores, en favor de una restitución de la civilidad y de una promoción de la solidaridad social y ciudadana.

2.- UN MAPA EN CONSTRUCCIÓN: LA GESTIÓN CULTURAL MUNICIPAL

¿Cómo atender a las necesidades culturales de una ciudad fragmentaria, mutante y diversa como Caracas, desde la particularidad de un municipio? Y es que decir Caracas es nombrar un mosaico de realidades sociales disímiles, atravesada por distintos niveles de gobierno, por realidades particularizadas que cambian de un conjunto de cuadras a otras, por una fragmentación político-administrativa que ofrece una constelación de municipios. Pensar la acción cultural en un municipio en particular o en la ciudad en general, obliga a un ejercicio de reconocimiento de la complejidad. Nuestra ciudad conjuga en un mismo tiempo y espacio la dinámica de lo nacional, dada su condición de capital de la República, pero también de lo regional, si se toma en cuenta el nivel Metropolitano de la Alcaldía Mayor (que absorbió las anteriormente delegadas a la Gobernación del DF) y de la Gobernación del Estado Miranda. No menos importante es el universo de lo local, que en Caracas borra las fronteras entre un conjunto de municipalidades pertenecientes a entidades federales distintas. Caracas es una unidad concentrada en ese mapa imaginario de realidades diversas que es su Area Metropolitana.

Si trasladamos este mapa y lo superponemos al de la acción cultural encontraremos otro modelo para armar. La gestión cultural en la ciudad está atravesada por instituciones de carácter local, como las fundaciones y organismos de adscripción municipal (verbigracia, Fundarte en el Municipio Libertador o el Servicio Autónomo de Arte y Cultura del Municipio Baruta), por la miríada de organismos y fundaciones dependientes del nivel central (gobierno nacional), tuteladas por el Consejo Nacional de la Cultura y el recién creado Viceministerio de Cultura, así como por un significativo número de instituciones de carácter privado.

La gestión cultural muestra su diversidad y complejidad en los campos de especialización a los que se dedican las instituciones, en los niveles de atención de acuerdo al grado educativo del público-objetivo, en las fuentes de financiamiento y estructuras organizativas ensayadas en cada caso. De allí que, para no perdernos en el camino, resulte útil definir este universo institucional en función de las tres opciones que, al respecto, asoma Lorenzo Dávalos: el sector privado lucrativo (incluye librerías, galerías y centros de arte comerciales, por ejemplo), el sector privado no lucrativo (escuelas de arte, conservatorios de música, centros de estudios, asociaciones culturales, etc.) y el Estado (Dávalos, 1992:21).

Si nos detenemos en el sector de las instituciones privadas sin fines de lucro, encontramos que para el sector cultural representa una de las formas institucionales más comunes y recurrentes. Esto no resulta gratuito, puesto que este tipo de institución presenta características flexibles como su independencia frente al Estado en términos organizacionales y de funcionamiento, aunque sus fuentes de financiamiento incluyan aportes gubernamentales. Pese a la falta de información actualizada y de estudios pormenorizados sobre las instituciones sin fines de lucro en el país, se puede destacar la presencia de este sector en la vida pública venezolana, si nos atenemos a datos aportados por el "Estudio Johns Hopkins sobre el sector sin fines de lucro en Venezuela", coordinado por Rosa Amelia González de Pacheco, según los cuales el sector de actividad dedicado a cultura y recreación ocupaba el tercer lugar en cuanto al número de organizaciones (un total de 2.455 para 1998, equivalente al 10 por ciento del total de 24.628 organizaciones en todo el país), antecedida por las organizaciones dedicadas a las áreas de "Leyes, defensa y promoción política" y a "Desarrollo y vivienda" (González, 2000: 51).

Si bien pudiéramos afirmar que la labor cultural pasa por una trama institucional que en mucho deriva hacia las ramificaciones de lo privado sin fines de lucro, por una parte, y de lo gubernamental en sus instancias centrales, estatales y municipales, no es menos cierto que sobre la gestión cultural recaen los problemas que detectamos hace un lustro, cuando coordinamos el Plan Cultural Caracas 1995-2001 de Fundarte y cuyos resultados incluyeron una amplia consulta a dirigentes culturales de las distintas parroquias del Municipio Libertador y a un calificado grupo de 30 expertos en el área. En resumen, los problemas señalados a la gestión cultural (Guanipa, 1995: 128-132) en la ciudad serían los siguientes:

-Partidización política y burocratización administrativa.

-Fragilidad institucional expresada en falta de recursos económicos y limitaciones para el diseño y desarrollo de programaciones permanentes y en una escasa tradición organizacional, por lo que las instituciones se vuelven pasajeras en el tiempo y susceptibles a cambios ajenos a sus fines y actividades.

-Escasa participación comunitaria, minimizada en las políticas culturales tanto nacionales como locales, cuya orientación se ha dirigido a privilegiar el sentido espectacular de la cultura, además de la acción cultural orientada hacia las "Bellas Artes".

-Falta de coordinación entre las distintas organizaciones, instituciones y grupos dedicados a la gestión cultural

A ello se suma la carencia de criterios cuantificables para calibrar la gestión cultural. No contamos con indicadores de gestión, con información fidedigna ni actualizada en este sentido. No tenemos tradiciones institucionales ni una práctica municipal que asimile la cultura como punta de lanza para ganar la calle para los ciudadanos.

Es necesario llamar la atención sobre el hecho de que las instituciones culturales dependientes de las municipalidades no escapan a la ya crónica vulnerabilidad institucional y financiera de la que hablamos, acentuada tanto por el criterio según el cual la cultura podría ser una competencia recurrente del municipio con otras instancias de carácter nacional, como por la inestabilidad que generan el azar presupuestario y los cambios de directivas de acuerdo a las tendencias político-partidistas imperantes. Bajo estas condiciones, la gestión cultural municipal está condenada al "lobby" y al "cabildeo" permanente, condicionada a la buena voluntad de alcaldes y concejales y a los vaivenes de intereses por lo general ajenos a las propias prácticas culturales.

Lo que se plantea entonces es un *cambio de cultura en la cultura*, una transformación del paradigma de la gestión cultural municipal hasta ahora visto como una acción cosmética y ferial de la promoción cultural o, en el mejor de los casos, como una dádiva que el municipio otorga a un sector de escaso peso en las decisiones municipales. Por eso, la cultura debe comenzar por cambiar en quienes la hacen y la dirigen. Sin una política concertada, sin

una capacidad para aglutinar esfuerzos comunitarios y organizacionales, es poco lo que puede lograrse para superar estas condiciones que tradicionalmente limitan el trabajo cultural.

La gestión cultural municipal debería tener una función formadora, que contribuya a fortalecer la condición ciudadana del habitante de la ciudad, lo cual pasa por la necesaria alianza con las propias comunidades organizadas. Además, habría que intensificar o crear vasos comunicantes entre el sector cultura, las escuelas, liceos y universidades, los lugares de formación y consolidación de la ciudadanía. Estos vasos comunicantes bien podrían allanar el camino para que la escuela y la calle sean ámbitos formadores de los ciudadanos activos que nuestras ciudades requieren.

Lo anterior supone, a su vez, un cambio en el perfil de los servicios culturales, orientados ya no tanto a la tradicional área de las llamadas Bellas Artes, sino diversificados en distintos ámbitos que incorporaran tanto lo culto como lo popular, tradicional e, incluso, lo mediático. Porque hoy no podemos asumir la gestión cultural como un simple aditamento, como la guinda del coctel o como el ornamento prescindible que sólo aporta prestigio a una gestión municipal. La cultura como un servicio social supone una tarea de apoyo en la reconstrucción del tejido social, una labor de conformación de nuevos públicos dispuestos tanto al disfrute de formas más cualificadas de los servicios culturales, como también a la diversificación de la oferta cultural y a una noción de la calle, de la ciudad, como la gran educadora, como el espacio primero donde la cultura se hace, se organiza, circula y se consume.

La formación de consumidores culturales debería ser una prioridad en la gestión cultural municipal. Sólo de esta manera se podrá sembrar para el largo plazo, para consolidar una demanda cultural que permita la diversificación de la oferta y su consiguiente incidencia en la disminución de las desigualdades de acceso a los servicios culturales, además de la promoción de economías a escala que vuelvan rentable un sector hasta ahora ceniciento en sus logros.

Pero, reiteramos, esta nueva concepción del usuario de la cultura exige desechar la visión tradicional del servicio público como una concesión graciosa por parte de la autoridad municipal. "Frente a esto, -plantean Navarro y Mommer- se levanta la concepción moderna del ciudadano consumidor como persona con derechos legítimos, preferencias que hay que atender y responsabilidades características, todos los cuales deben ser incorporados en el proceso de diseño y ejecución de los programas y servicios sociales" (Navarro y Mommer, 1993: 159).

> "No contamos con indicadores de gestión, con información fidedigna ni actualizada en este sentido. No tenemos tradiciones institucionales ni una práctica municipal que asimile la cultura como punta de lanza para ganar la calle para los ciudadanos."

3.- EL USUARIO DE LA CULTURA: ¿CULTURA SIN CIUDADANOS?

Nuestra reflexión apunta a destacar la capacidad y el potencial del Municipio, por ser un espacio de contacto con la realidad ciudadana, para facilitar y promover la participación ciudadana, especialmente en el ámbito cultural, con lo cual también se abre camino para una mayor democratización de la gestión municipal.

Pero la participación, como la cultura, es ejercicio y aprendizaje. En países como el nuestro, esta práctica se ha visto disminuida y degradada, a tal punto, que hoy es posible preguntarnos ¿de cuál ciudadano estamos hablando?

No se trata sólo de una reducción de la participación ciudadana al ámbito de lo exclusivamente electoral. Estamos hablando también de un empobrecimiento de la calidad ciudadana del habitante de la ciudad.

¿Cómo ser ciudadanos en un entorno urbano agresor, que se expresa en cifras elevadas de violencia y criminalidad; en el descreimiento frente al cumplimiento de la Ley y de las estructuras jurídicas; en la humillación y el irrespeto que generan la exclusión social y económica?.

El espacio público, la calle, la ciudad, llamado al ejercicio cabal de nuestra ciudadanía, niega esta condición, se convierte en un mundo excluyente y violento. Lejos estamos de aquella idea del espacio público moderno, "construido en torno a los ideales de igualdad y comunidad y bajo una idea de universalidad" (Jelin, 1998: 120), cuando lo que imperan son los signos comunes de la intolerancia, la sospecha, la discriminación y la violencia. Pero también cabe advertir sobre la degradación del universo familiar, que bien hubiera podido balancear positivamente esta tendencia. El hogar terminó siendo igualmente un espacio amenazado por la violencia, la incomunicación y la disolución de lazos solidarios.

La cultura requiere de usuarios y con esto no nos referimos sólo a aquellas personas con capacidad e instrumentales cognoscitivos que les permitan una aproximación cercana al hecho cultural. La cultura, así como la educación, tiene un definitivo papel en la promoción de nuevos valores de ciudadanía, en su posibilidad de insertarse en los universos de lo público y de lo privado, porque su acción toca tanto la esfera de lo meramente citadino, lo urbano, lo social, como el ámbito particularizado de las relaciones familiares, de la carga de valores, creencias, prejuicios, tradiciones, mitologías familiares que nos animan y avivan nuestros actos más íntimos.

Allí radica el enorme potencial de la cultura como una posibilidad cierta de restituirle la ciudadanía cultural al habitante de nuestras ciudades y la responsabilidad esencial que las instituciones del poder local tienen a la hora de enfrentar esta misión.

Sin embargo, ¿quién es ese ciudadano, ese usuario objeto de invocación en los discursos y en las buenas intenciones? El primer paso quizás debería darse en esa dirección: saber quién es el usuario al que se quiere llegar. Y esto pasa por saber qué hace con los productos culturales, qué consume, cómo pasan a su universo simbólico. No es nuestra intención reducir la acción cultural a un simple problema de consumidores o de mercado, pero resulta vital para cualquier política muni-

cipal con alcance y arraigo, tomar en cuenta al receptor, al usuario de las programaciones culturales.

¿Dónde y qué se consume de la cultura? Para comenzar, deberíamos reflexionar sobre el hecho de que el consumo cultural ignora abiertamente los espacios tradicionalmente concebidos como los ámbitos de consagración del cultivo artístico-cultural. Hoy la noción de ciudadanía cultural no se construye tanto desde las bibliotecas, los museos o los teatros como desde un mall, de una calle llena de buhoneros, de un centro comercial. Hoy, vivimos (...)" la mediación de lo massmediático y de lo masivo de los espacios modernos (valga decir, la ciudad los centros comerciales que representan a otra ciudad dentro de la ciudad, los grandes almacenes al estilo de Makro o Maxys y los mercados urbanos de consumo bien adentro o fuera de la ciudad) en el consumo y disfrute de lo simbólico de la cultura" (Bisbal y Nicodemo, 1999:96).

El mismo Bisbal adelantó en 1997 junto a Pasquale Nicodemo, una investigación sobre consumo cultural en Caracas y mediante una encuesta a 517 personas del Area Metropolitana de Caracas, encontró que el 92 por ciento del total de personas entrevistadas ven televisión todos los días o casi todos los días; 83 por ciento escucha radio; 71 por ciento lee prensa. Por el contrario, la frecuencia en el consumo de actividades culturales calificadas como "elitescas o de alta cultura" recibió la indiferencia mayoritaria en las respuestas, según las cuales 61 por ciento nunca visita las bibliotecas; 46 por ciento nunca visita librerías, 57 por ciento nunca visita museos o galerías y 68 por ciento nunca va al teatro (Ibid: 101-104).

La plaza dejó de ser el espacio de encuentro para dar paso al centro comercial y sus rituales de vidrieras; la televisión reina en el tiempo libre de los venezolanos. Como lo planteó Marcelino Bisbal en otro de sus trabajos, ya no se puede seguir hablando de cultura masiva sólo como lo que sucede en los medios de comunicación, "sino que la cultura de masas está presente en la cultura" (Bisbal, 1999b: 73), de manera hegemónica y permanente ¿Qué tipo de política cultural puede ignorar estas realidades que salpican las buenas intenciones de planificadores y gestores culturales? ¿De qué manera se puede revertir esta tendencia? Pero, más aún, ¿podemos hacerlo?

Deberíamos comenzar por una verdadera cruzada contra la desigualdad de acceso y de oportunidades en cuanto al consumo cultural, enfrentar lo que García Canclini llama "la segmentación desigual de los consumos", polarizado entre el consumo de élites con acceso a posibilidades avanzadas en términos económicos y tecnológicos y por otro, el de un consumo masivo asentado sobre la lógica de la cultura de masas, mediatizada, construida sobre el paradigma del entretenimiento y la espectacularización mediáticos. Bien lo dice el autor de *Culturas Híbridas* (1989), "conocer lo que ocurre en los consumos es interrogarse sobre la eficacia de las políticas, sobre el destino de lo que producimos entre todos, sobre las maneras y proporciones en que participamos en la construcción social del sentido" (García Canclini, 1999: 49).

Nuevamente insistimos en la necesidad de una política cultural destinada a la formación de usuarios de la cultura, ciudadanos formados y conocedores de las distintas opciones que se les brindan, lo cual reclama el establecimiento de programas culturales de carácter permanente. Esto pasa por favorecer la animación cultural como mecanismo de participación real y continuado de las comunidades, entendiendo la cultura como algo que va más allá de lo meramente artístico para insertarse como experiencia de vida cotidiana, en tanto facilite las relaciones de pertenencia y solidaridad que permitan sobrevivir en condiciones adversas de existencia como las que vive la mayoría de la población en la ciudad.

No obstante, la descentralización municipal y el vuelco hacia una mayor participación de las comunidades, no constituyen por sí mismas una panacea. La participación no se decreta, es un aprendizaje difícil en sociedades como la nuestra, marcadas por la impronta del estatismo y del dirigismo gubernamental, por décadas enteras de representatividad democrática sostenida mediante prácticas electorales. Para decirlo con las palabras de García Canclini: "nuestra primera responsabilidad es rescatar estas tareas propiamente culturales de su disolución en el mercado o en la política: repensar lo real junto con lo posible, distinguir la globalización de la modernización selectiva, reconstruir desde la sociedad civil y con el Estado una multiculturalidad democrática" (García Canclini, 1995:198).

De allí la urgencia de otorgarle a la cultura, asumida como un servicio público de las municipalidades, el activo papel que puede desempeñar en la promoción de una mayor integración de las comunidades en la gestión y solución de sus propios problemas locales. Un anhelo que tampoco se decreta, pero que se construye día a día. Y la cultura es un buen camino para hacerlo posible. ■

Este material fue presentado como ponencia en el Simposio de Gestión Cultural de la Alcaldía de Baruta, noviembre 2000.

■ **Moraima Guanipa**
Periodista, poeta, profesora UCV

REFERENCIAS

- BISBAL, Marcelino y NICODEMO, Pasquale (1999): "El consumo cultural en Venezuela". En: Guillermo Sunkel (coordinador): *El consumo cultural en América Latina*. Santafé de Bogotá: Convenio Andrés Bello. pp. 88-124.
- BISBAL, Marcelino (1999b): "Más allá de las industrias culturales o la fascinación de lo massmediático". En: Leoncio Barrios y otros: *Industria cultural. De la crisis de la sensibilidad a la seducción massmediática*. Caracas: Litterae Ediciones.
- DÁVALOS, Lorenzo (1992): *Cultura y filantropía empresarial*. Caracas: Ediciones IESA.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- _____ (1999): "El consumo cultural: una propuesta teórica". En: Guillermo Sunkel (coordinador): *El consumo cultural en América Latina*. Santafé de Bogotá: Convenio Andrés Bello. pp. 26-47.
- GONZÁLEZ DE PACHECO, Rosa Amelia (2000): "Entre el Estado y el mercado: el sector sin fines de lucro". *Debates IESA*, Vol. 5, Nº 4, pp.47-51.
- GUANIPA, Moraima (1995): *Hacia el Plan Cultural Caracas 1995-2001*. Documento final, primera fase. Mimeo.
- JELIN, Elizabeth (1998): "Ciudades, cultura y globalización". En: *Informe mundial sobre la cultura. Cultura, creatividad y mercados*. España: UNESCO-Edit. Acento. pp. 105-123.
- NAVARRO, J.C y MOMMER, I. (1993): "Los servicios sociales en el municipio venezolano". En: Janeth Kelly (Directora del proyecto): *Gerencia Municipal*. Caracas: Ediciones IESA.
- REPÚBLICA DE VENEZUELA (1999): *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*. Caracas: Ediciones La piedra.
- REPÚBLICA DE VENEZUELA (1989): *Ley Orgánica de Régimen Municipal*. Caracas: Eduven.